BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

INFORMES

I

«RÉCITS D'AFRIQUE. — LA LÉGION ÉTRANGÈRE EN ESPAGNE 1835-1839»

QUE EN IDIOMA FRANCÉS ACABA DE PUBLICAR M. PAUL AZAN, CAPITAINE DÉTACHÉ À L'ÉTAT MAJOR DE L'ARMÉE

Nuestro venerado difunto Director, el ilustre Sr. Marqués de la Vega de Armijo, me confió el encargo de informar acerca del libro *Récits d'Afrique.—La Légion Étrangère en Espagne, 1835-1839*, que en idioma francés acaba de publicar M. Paul Azan, capitaine détaché à l'Etat Major de l'Armée.

La obra, impresa en 4.° prolongado, consta de 756 páginas, de las cuales 387 corresponden á la exposición de las operaciones de campaña en que intervino la legión procedente de Argelia, en la primera guerra civil del pasado siglo, y las restantes se destinan á la exhibición de documentos, tomados en su mayor parte de archivos franceses, que con escrupuloso esmero revisó el autor del libro.

No examinaré yo las causas que motivaron la venida á España de tropas auxiliares extranjeras en días críticos para el trono de doña Isabel II, ni habré de seguir al escritor transpirenaico en la narración breve con que presenta el estado de nuestra Patria durante el revuelto período en que profundas metamorfosis en el régimen de gobierno, chocando con ideas arraigadas en

largo espacio de tiempo, agitaron los espíritus y produjeron enconadas luchas, cuyas perturbadoras consecuencias se prolongaron hasta no lejana fecha. Lamentables sucesos exacerbaron las pasiones, impidiendo que la nación avanzara ordenadamente; por dolorosas contiendas intestinas quedamos atrasados en la perseverante marcha que otros países realizaron, y difícil será que ganemos pronto los años casi perdidos en esa labor de progreso, durante los cuales trastornos y convulsiones infinitos mermaron nuestros recursos y detuvieron el desarrollo de la riqueza y bienestar de España.

Dedicado á este asunto el Capítulo I de la obra, reseña el segundo la situación del país en el momento de surgir la guerra carlista; y á este propósito nos ofrece, en concepto de datos importantes para formar juicio, los informes remitidos al Gobierno de Luis Felipe por varios oficiales, enviados con tal objeto á la corte de Madrid y á los cuarteles generales de los jefes del ejército del Norte, que en aquella época eran relevados con deplorable frecuencia, no advirtiéndose el desorden que ocasionan esos cambios, cuando importaba no desaprovechar un día para aniquilar, al nacer, un movimiento que tenía grandes raigambres en determinadas provincias. Sólo merced á un plan aplicado sin variantes ni desmayos y con una actividad extrema, pueden ahogarse rebeliones que en la opinión hallan apoyo fervoroso; si eso falta, la pequeña partida crece y toma formas orgánicas en corto espacio de tiempo; de exiguas bandas de hombres inexpertos salen batallones sólidos que, puestos al servicio de enérgica voluntad, ponen en apurado trance á ejércitos preparados metódicamente para la guerra; y de tal suerte, insurrección despreciable en un principio, llega á alzarse vigorosa y altiva frente á poderes constituídos, que no tuvieron previsión y fortaleza para superar peligros notorios.

Quienes (avezados á ver cómo en regular campaña se resuelven los conflictos guerreros por el exclusivo choque de los ejércitos) lanzan censuras acres contra Generales que no aciertan á dominar alzamientos en masa de un pueblo que toma parte en una contienda, sirviendo de una ú otra manera, pero siempre

eficazmente, la causa con que simpatizan, no advierten que las guerras de esa clase presentan obstáculos inmensos donde, desde remotas épocas, se estrellaron en España los poderes más robustos y los caudillos más aventajados. No son, por eso, justos los tonos de severísimo reproche que empleó el coronel Saint-Yon para juzgar á los oficiales Generales españoles; si ésta fuese ocasión adecuada, demostraría yo, con sobra de argumentos, que son exageradas de ordinario, y á las veces erróneas, las opiniones que emite el Coronel francés en cartas sacadas á la luz pública por el capitán Paul Azan, y que éste, por lo general, acepta, fundado en el buen concepto que su compatriota le merece, y en que compartieron aquellos juicios otros jefes extranjeros puestos, igual que aquél, á la inmediación de los caudillos de Isabel II.

Un hecho, sin embargo, me importa exponer. Todos los agregados á los cuarteles generales del ejército liberal encomian las cualidades excelsas de nuestros soldados, y con ello realizan un acto de justicia. Yo, que por mi carrera y por la índole de los cargos que me he honrado en ejercer, sé hasta dónde alcanzan, en ocasiones de gran penalidad, de sumo riesgo y de especial sufrimiento, la abnegación, el valor y la disciplina de las tropas españolas, no pongo límite á la alabanza; pero aun cuando crea que no fué en muchos casos acertada la conducta de los Jefes de ambos bandos, sobre todo en los comienzos de la guerra, y pueda asímismo admitir que en la oficialidad se notaron deficiencias, explicables por la carencia de práctica y de instrucción, afirmo que jamás llegaron las cosas al punto que señala Saint-Yon. Dirige éste reproches acerbos á varios Generales que mandaron el ejército del Norte y extrema principalmente sus censuras á Mina, atribuyéndole incapacidad intelectual y gran impericia militar. Sin duda la escasa cordialidad de relaciones que entre el caudillo español y el Coronel francés existían, privaba al segundo de sereno criterio para juzgar los actos del primero, y á impulsos de apasionado sentimiento escribía: «Mina es sólo un jefe de guerrilleros que, si su salud fuera buena, conduciría una columna móvil como aventurero, haciéndose matar á su cabeza; pero

no sabe lo que es la guerra ni de qué modo se mandan tropas, ni se administra un país.» Es injusto el juicio; pues si físicos padecimientos y la carencia de elementos proporcionados á la carga que sobre él pesaba, hicieron desmerecer en Navarra el año 1834 al ilustre General, no por eso es acreedor á los rigores de una crítica tan rigurosa.

Si el concepto que Saint-Yon formó de Espoz y Mina fuese exacto é imparcial, ¿cuál sería la opinión que hubiera debido aplicarse á los Generales franceses, á quienes infligió derrota tras derrota durante la guerra de la Independencia el guerrillero navarro, cuyos prestigios y afortunadas victorias no lograron mermar las numerosas y aguerridas columnas contra él lanzadas bajo la conducta de reputados jefes? Lo que hay es que las circunstancias habían variado desde una á otra fecha; en lucha contra los Generales del primer Imperio, fué Mina el partidario activo, resuelto, bizarro, arriesgadísimo, que con el auxilio del país se movió impetuosamente en todas direcciones, acechando la ocasión para destrozar una gran columna, ó apresar un copioso convoy; que caía sobre el desconcertado enemigo que nunca conocía sus proyectos y operaciones, mientras él estaba informado de la situación, alojamientos, fuerzas y movimientos de los imperiales, porque la población en masa le daba todo género de noticias, que sistemáticamente rehusaba al enemigo de la Patria. En 1834, por el contrario, hacía Mina, en cierto modo, el papel de los Generales franceses que le perseguían sin tregua desde 1808 á 1814; sus enemigos en la guerra dinástica de los siete años poseían mayores elementos y fuerzas mejor organizadas y de más numerosos efectivos, que habían tenido sus guerrillas en la lucha de la Independencia española; el país vasco-navarro apoyaba con fanática devoción á los jefes de D. Carlos y al General de Isabel II le negaba todo auxilio. Si Mina fuese merecedor de los rudos ataques del coronel Saint-Yon, ¿qué de censuras y de cargos habría motivo para dirigir á los Generales franceses Dorsenne, Clauzel, Abbé, Soullier, Reille, d'Agoult, Lafourrie d'Armagnac y otros muchos, entre los cuales descuellan hombres tan expertos é inteligentes como Harispe y Cafarelli, con todos los

cuales compitió el insigne jefe de guerrillas durante la guerra de la Independencia?

En opinión mía sería injusto tachar de torpes y faltos de pericia á los Generales que con escasa fortuna operaron contra Mina desde 1808 á 1814, porque aquella guerra ofrecía sumas dificultades; pero por lo mismo lamento los juicios del coronel Saint-Yon, expuestos á la consideración pública por hombre tan despierto, culto y circunspecto como el autor del libro que examino.

En los capítulos siguientes describe Azan la organización y el carácter de la legión que vino á España desde Argelia en el mes de Agosto de 1835, y presenta á los oficiales que la mandaban en circunstanciada y amena exposición. Era uno de los oficiales más brillantes el teniente Bazaine, á quien la pródiga fortuna elevó á puesto altísimo durante el Imperio de Napoleón III, para conducirlo bruscamente á triste estado, después de la capitulación de Metz en Octubre de 1870. Acogido benévolamente en Madrid el ilustre expatriado, dejó sus despojos mortales en esta tierra española donde alcanzara triunfos y gloria en los años de la mocedad. La infinita y suprema justicia habrá juzgado serenamente á quien sus compatriotas sentenciaron con rigor en días de cruel desgracia.

Mandaba la legión el veterano general Bernelle, muy competente y perito para gobernar una fuerza constituída por elementos heterogéneos, que juntaran en haz apretado los azares tumultuosos de existencias poco distinguidas por la limpidez de su condición. Franceses, alemanes, polacos, italianos, hombres de múltiples razas y naciones militaban reunidos, buscando tal vez en la rudeza y agitación de la vida de campaña el olvido de aventuras en que la moralidad y pureza de intención quedaran maltrechas: de tal manera, sustraíanse no pocos á la memoria y acción de jueces y tribunales, y al ingreso en las filas cubrían algunos con tupido velo un pasado borrascoso, regenerándose por su valor arrogante en los campos de batalla. El sentimiento de Patria no influía en el espíritu de aquellas gentes, que tomaban como oficio el guerrear allí donde la viva y ardiente pelea les proporcionaba medios de satisfacer sus inclinaciones, cualquiera

que fuese la bandera que los cobijase; á lo sumo seguían al partido político que merecía su predilección.

Solían ser aficionados, con exceso, á la bebida y á la desbordada satisfacción de materiales instintos; véase con qué donaire nos los presenta en estos respectos uno de ellos mismos, el sargento legionario von Rosen:

«Estos hijos de diversos países del mundo estaban estrechamente unidos en la adoración de una misma divinidad, á cuyo servicio no sólo se entregaban conscientemente, sino que practicaban su culto con verdadero fanatismo. El dios Baco realizaba esta unión; el servicio de Baco despertaba en el legionario un entusiasmo tal, que, gracias á él, desaparecían las diferencias de nacionalidad, de religión, de inclinación y de costumbres.» Bizarros y despreciadores de la vida, como quien poco ó nada tenía que perder, exentos de afectos fuera de las filas, si no poseían las virtudes propias de los soldados que combaten por la honra, la grandeza ó la integridad de su Nación, al menos tenían la cohesión y disciplina necesarias para conducirse bien y seguir valerosamente á sus jefes cuando llegaba el caso de combatir. Paul Azan expone, acerca de este particular, juicios interesantes con que puede apreciarse la índole de tales tropas.

Los siguientes capítulos presentan á la legión extranjera en Cataluña, Aragón, Navarra y las provincias vascas. Según el convenio ajustado entre los Gobiernos español y francés en el año 1835, pasaban los legionarios al servicio de España, garantizando nuestro Gobierno á oficiales y soldados los mismos derechos y ventajas que lograban al servicio de Francia, al cual no podrían volver sino cuando la Reina Gobernadora diese para ello su formal consentimiento. El Gobierno español se obligaba á entregar al francés el importe de las armas y equipos de aquellas tropas, á quienes el rey Luis Felipe se comprometía á transportar al puerto de España que se designara al efecto. No se trataba, por consiguiente, de un cuerpo de soldados que, bajo las banderas gloriosas de Francia y conservando dependencia completa del Gobierno transpirenaico, venían en socorro de la causa constitucional; la nación francesa, al desentenderse ente-

ramente de la legión desde el punto en que pisara nuestro suelo, le hacía perder de considerable manera su prestigio é influencia.

Cuando desembarcó la legión el 16 de Agosto de 1835 en el puerto de Tarragona, componíase de seis batallones, mandados por el coronel Bernelle, á quien al momento nombró Mariscal de Campo el Gobierno de María Cristina; el cuerpo expedicionario recibió el título de división auxiliar francesa con un efectivo de 123 oficiales y 4.021 individuos de tropa, que pocos días más tarde se elevó á cerca de 5.000 hombres. La división, pues, era poco numerosa; y como además no aportaba la fuerza moral que le hubiese dado el seguir militando bajo la bandera francesa, su ayuda no fué lo eficaz que las circunstancias demandaban. Ni era, por otra parte, de esperar que aquella gente, por valerosa y aguerrida que fuese, y sin duda lo era mucho, ejerciera importancia decisiva en el éxito de la causa liberal, porque faltándole reservas y organismos adecuados de reclutamiento, su efectivo tenía que descender inevitablemente, y con tanta mayor rapidez, cuanto mayores y rigurosas fueran las privaciones á que se la sometiera, en consecuencia de la escasez de dinero, de vestuario y de recursos, con que la penuria del Estado español atendía pobre é irregularmente á los ejércitos en operaciones.

Las tropas nacionales, estimuladas por deberes de patriotismo y por las severidades de la austera disciplina á que las sometía la rígida Ordenanza, soportaban con abnegada resignación grandes penalidades; no podían pretenderse análogos sacrificios de una fuerza allegadiza, que abandonaba sin pesar unas filas donde había que sufrir fatigas y privaciones, sin compensación inmediata y sugestiva en la gloria brillante que se aquista con el triunfo en renombrada batalla. Por eso fué mermando el número de hombres de la división auxiliar hasta hallarse reducida cuando se la licenció á 63 oficiales y 159 individuos de tropa, que se retiraron á Francia por Canfranc, en los comienzos de 1839. Es verdaderamente sensible y aun censurable, que eso fuera en parte debido á que los legionarios no obtuviesen del Gobierno español la ayuda y recompensa que merecían; pero no fué ciertamente mejor la forma en que los trató el Gobierno francés.

Las tropas de la legión francesa sufrieron pobrezas de sueldo, de vestuario, de víveres y de efectos de equipo, llegando á encontrarse en misérrimo estado; pero bien será tener en cuenta que no hubo en este punto preferencias á favor de los soldados españoles. Al describir el general D. Luis Fernández de Córdova el cuadro que el Ejército ofrecía en los tiempos más gloriosos de su mando, dice que se pasaron á veces seis semanas sin que llegara el menor socorro, con los almacenes exhaustos, y concretándose á las operaciones sobre Arlabán, en lo más riguroso del invierno, escribió: «El tiempo era frío y lluvioso; las tropas, durante dos días y medio, habían marchado, combatido y vivaqueado sin comer, ni beber, y sin fuego en la cima del Pirineo, faltando allí leña y agua para guisar los ranchos; gran parte de nuestros soldados estaban sin capotes; batallones enteros con pantalón de verano...» La penuria fué, pues, común; á todos alcanzó.

El autor del libro describe con minuciosa atención las breves operaciones que ejecutaron los franceses en Cataluña y en Aragón, poco después de su arribo á España; se detiene más, y con mayor esmero en el examen de los hechos que ejecutó la división, luego de ser agregada al ejército del Norte, ya moviéndose, y combatiendo brillantemente junta con el grueso de nuestras tropas en Arlabán y otros puntos, ya guardando la línea del Arga desde Pamplona por Zubiri á la frontera, cuando se puso en práctica el sistema de líneas que hizo célebre el general Córdova, ya formando parte del cuerpo que se adelantó á Aragón persiguiendo la expedición carlista, capitaneada por el Pretendiente. Azan expone las transformaciones que fué experimentando la legión, primero bajo las órdenes del experto Bernelle, en cuyo tiempo alcanzó el apogeo de su gloria, de su fuerza y de su prestigio; del poco atinado Lebeau, después; más tarde del valeroso Conrad, que poseía excelentes cualidades de soldado, acreditadas en los campos de Huesca y en los de Barbastro, donde sucumbió gloriosamente.

Es natural que el distinguido escritor francés, bien preparado y apercibido para su tarea con muchedumbre de documentos recogidos en importantes centros, haya realzado los servicios

de la legión procedente de Argelia, á la cual profesa singular aprecio y estimación. Lo encuentro plausible, y sólo lamento que sus personales investigaciones en los archivos españoles, requiriendo noticias y datos, con que Azan demostró su noble intención de acopiar mayores elementos de juicio que le permitieran ampliar, comprobar y en ocasiones rectificar los que en su Patria recogiera, no diese el resultado completo que era de apetecer, por la desaparición de muchos documentos que buscaba afanosamente. El propósito fué, de todos modos, digno del mayor encomio y debe aplaudirse.

Por lo que á nosotros toca, si bien es cierto que el apoyo de fuerzas extranjeras á la causa constitucional, en los momentos en que vinieron á España, fué muy estimable y produjo ventajas en el orden material y sobre todo en el concepto moral, su número no fué nunca bastante considerable para decidir el éxito de la contienda é inclinar la balanza en favor de doña Isabel II. Y mejor que exponer acerca de este punto argumentos propios, será oir al ilustre general D. Luis Fernández de Córdova, cuyas dotes son justamente elogiadas por los escritores franceses que cita Paul Azan. Dice así el esclarecido caudillo:

«En cuanto al auxilio que pudieron prestar las legiones extranjeras, no fué tan eficaz ni tan completo á tiempo realizable como han podido muchos figurarse... Los reparos que me hallo en el caso de exponer no ofenden de manera alguna ni al innegable mérito de los dignos jefes, que mandaban aquellas legiones ni á la aplaudida bizarría de sus tropas... La legión francesa tuvo cuatro pequeños batallones y cinco en los últimos tiempos de mi mando con el que de Lérida le vino (dejó Córdova el cargo de General en Jefe en Agosto de 1836); contaba de 3.000 á 3.500 hombres de muy buenas y bizarras tropas, bravamente conducidas siempre por el general Bernelle, ya en los primeros encuentros que á su arribo tuvieron con los rebeldes, ya en las operaciones á que concurrieron en Enero de 1836 sobre Arlabán, en cuantas ocasiones tuvieron, en fin, que hacer cara al enemigo. Pero, poco acostumbrada á las grandes marchas que requiere nuestra guerra, era muy inferior su movilidad á la de nuestros soldados

y perjudicaba, por consiguiente, á las operaciones rápidas y continuas de un género de campaña tan especial como el de las provincias Vascongadas. No era posible destinarlas á obrar solas y desembarazadamente en atención á su corto número; á que no tenían ni la costumbre ni la obligación de sufrir las grandes privaciones que acompañaban siempre en aquel terreno las operaciones activas; á que les faltaban aquellos hábitos particulares que se requieren en nuestra lucha, y fué prudente, fué preciso colocarlas en situación estacionaria. Así es que casi siempre estuvieron, con otros muchos batallones, ocupadas en construir y defender las importantes líneas de Zubiri, donde hicieron señalados servicios y rechazaron con gloria los ataques reiterados y porfiados con que los rebeldes intentaron oponerse á aquella interesantísima empresa que, conquistando una parte considerable del país, completando la operación del bajo Arga y abriendo nuestras comunicaciones con Francia, hizo entonces imposible todo concierto del enemigo con las facciones de Aragón y Cataluña.»

En resumen: El capitán Paul Azan ha escrito una obra interesante y copiosamente documentada, que contribuye á esclarecer la historia de la primera guerra civil dinástica, presentando á plena luz uno de los elementos constitutivos del ejército que combatía en el Norte de España por la causa de Isabel II.

Merece, por ello, aplauso sincero, y así entiendo que puede acordarlo la Academia, si lo estima acertado y justo.

Madrid, 23 de Octubre de 1908.

JULIÁN SUÁREZ INCLÁN.